

SAN MARTÍN, PATRÓN DE CONSTANZANA.

-I-

Aún recuerdo siendo niño, aquel “púlpito” de madera labrada con figuras hexagonales y policromada en colores marrones y azules y la escalera de escasos pasos que permitía el acceso a ese misterioso recinto, encumbrado en el pequeño rincón que se forma en la Iglesia parroquial de Constanzana en la parte frontal de la derecha, con anterioridad al recinto elevado del presbiterio, y desde cuya prominencia nos dirigía el párroco de entonces, Don Agustín, aquellas palabras que, sin ningún tipo de megafonía, se hacían briosas y osaban traspasar aquel aire tan frío y transparente perfumado con olor a incienso: “¡Y rasgó su capa, y la repartió entre los pobres!”

Desde muy antiguo, puede que se remonte a la Baja Edad Media, los diferentes pueblos y ciudades de España iniciaron ya el paradigma de nombrar como protector de su población a uno de los numerosos santos que la Iglesia Católica ha elevado a los altares; incluso en algunos lugares ese amparo se imploró de la Virgen, de San José o del propio Jesucristo crucificado.

La razón de esas elecciones no podía ser otra mas que la intensa cristianización de la Iberia, que hizo que los habitantes de la antigua provincia romana abrazasen la fe católica con tanta firmeza y tales convicciones que ninguna de las posteriores civilizaciones que poblaron nuestra Península, como visigodos, musulmanes o judíos, entre otros, pudieran hacer gran mella en la forma de vida y creencias de la sociedad de aquellos tiempos.

No me consta la época en que los pobladores de Constanzana hicieron la elección y el nombramiento de San Martín de Tours como patrón de su comunidad; quizás resulte difícil o inviable esa tarea, por lo que no me he embarcado en la misma quizás pensando en las trabas y en la penuria de tiempo. Sin embargo, sí resultan fehacientes el origen y los inicios de las llamadas Hermandades o Cofradías, cuyas actuaciones ya estaban muy extendidas en las agrupaciones rurales de Castilla y León en los siglos X al XII de nuestra era, y que iban a ser el motor en la elección de los santos patronos o patronas de los pueblos, entre ellos el de Constanzana.

Las Cofradías o Hermandades, dos nombres distintos para un mismo significado, junto a su esencia religiosa unían otros aspectos de carácter asistencial y festivo. Las cofradías religiosas posiblemente tuvieron su umbral en las asociaciones y hermandades “de oficio” o también llamadas “gremiales”(la unión de personas del mismo oficio, actividad o profesión: los gremios) que en Castilla y León nacieron en torno al siglo XII como ligas o confederaciones municipales dispuestas a defender, ante la evidente debilidad en la intervención protectora de los monarcas, las haciendas y hasta las propias vidas de los ciudadanos, aunque entonces más que ciudadanos eran considerados “vasallos” o súbditos de los “nobles” o “señores”.

Los municipios se agrupaban en esas Cofradías con el fin de encontrar en la unión y en la ayuda mutua una garantía que fuera lo suficientemente eficaz para que sus privilegios, libertades, fueros, usos y costumbres fueran respetados. Dichas agrupaciones surgieron de forma espontánea del pueblo llano, pero a pesar de que sólo en contadas ocasiones fueron creadas por los reyes, las diferentes monarquías o reinos peninsulares las fueron reconociendo y acabaron por incorporarlas a la organización

estatal como medio para luchar contra el creciente poderío y los abusos progresivos de la nobleza.

Estas organizaciones vecinales, junto con los “concejos abiertos”, pueden considerarse como las únicas agrupaciones antiguas que se rigieron por normas de carácter democrático, tanto en la toma de decisiones como en la elección popular de sus cargos y, por supuesto, en el “voto” o elección de sus protectores o patronos.

Algunas asociaciones de “oficio” adoptan la forma de Hermandades o Cofradías ya durante el siglo XIII, convirtiéndose en agrupaciones voluntarias y libres, con finalidades religioso – benéficas: previsión social, auxilio vecinal y cooperación mutua entre sus miembros unidos bajo la advocación de un Santo Patrón. En ellas, los “hermanos” o “cofrades” pretendían la mayor honra y gloria a Dios, mediante la devoción a su Patrón, celebrando en su honor vísperas, misa con sermón y procesión solemnizada con dulzaina y tamboril el día de su festividad. Trataban de lograr además el bien espiritual de sus propias almas. Cuando un cofrade moría, todos los demás habían de asistir a su entierro, y por la salvación de su espíritu la Cofradía ofrecía un número determinado de misas rezadas (generalmente seis o nueve, de ahí los nombres de semanario o novenario), y durante unos días los cofrades acudían a la casa del fallecido para el rezo del rosario.

También existían imperativos de tipo asistencial y caritativo como era la obligación de velar junto a su lecho al hermano enfermo de gravedad, “hasta que recobrarla la salud o Dios se lo llevara”, turnándose todos los cofrades por su antigüedad. Y si el “hermano” enfermo tenía necesidad de ayuda, le era dada por la Cofradía, en caso de que pudiese; de no ser así, le habían de socorrer todos los cofrades con sus limosnas. Igualmente era muy común el establecer un turno entre los miembros de la Cofradía para encargarse de hacer el “hoyo” para dar sepultura al cofrade o familiar del mismo fallecido, e incluso para ocuparse de la fabricación o adquisición, según el caso, del féretro, cuyos gastos serían sufragados comunitariamente.

En general, eran variopintas las prestaciones humanitarias que llevaban a cabo aquellas agrupaciones dependiendo su amplitud y variedad de cada municipio o región, siguiendo las normas consuetudinarias que se hubiesen establecido en cada caso.

Para poder sufragar sus obras de beneficencia o de atención a sus propios cofrades disponían de escasos recursos, los cuales tenían diversas procedencias, entre ellas se contabilizaban las cuotas de los cofrades, las pujas por los banzos para sacar en las andas a las imágenes o por los exvotos ofrecidos por los fieles, los donativos, las multas o castigos por incumplimiento de deberes, la prestación de servicios a personas no pertenecientes a la Hermandad, etc. En esta tarea de recolectar fondos para la asociación también se solía recurrir a pedir por las casas en días señalados como hitos importantes para la Cofradía, participando en dicho menester los comisionados que hubiese designado la propia organización. A este respecto me viene a la memoria una canción que me enseñó mi abuelo Francisco, y que él había oído cantar a los que pedían en nombre de alguna Cofradía en algún pueblo de la zona de Peñaranda o de Malpartida de Plasencia, la cual aún me sigue produciendo interiormente carcajadas bienintencionadas, dada su simplicidad maliciosa y su picardía auto-exculpatoria, y cuyo texto es el siguiente:

“No venimos por la perra
ni tampoco por el huevo
venimos por la costumbre
que ha habido siempre en el pueblo”

(Aclaro que se llamaba “perra” a las monedas fraccionarias de diez y cinco céntimos de peseta, y que “el huevo” continuaba siendo en aquellas épocas bien apreciado de cambio o de trueque)

En Constanzana, siempre existieron desde muy antiguo esas agrupaciones, y recuerdo que, siendo yo monaguillo, un verano o dos, con un cura que se llamaba Don Vicente (dicen que era un “buen pájaro”, aunque yo le recuerde como persona inteligente), durante las misas de los domingos, leí en la Sacristía de la Iglesia varios cuadernos y documentación relativas al funcionamiento de esas Cofradías, creyendo recordar que hubo épocas en que hubo más de una. Evoco que en aquella documentación venían datos de las personas que eran cofrades, la cuota en reales que tenían que abonar, el total de reales que tenían de superávit o de déficit, la anotación de algunos actos de mayor solemnidad muy curiosos, el pago de los misioneros, predicadores, fiestas de San Pedro y San Martín, así como las Semanas Santas. Entonces, ignoro si ahora también, en el Archivo Parroquial (si se podía llamar así) constaban un sinfín de datos muy interesantes, y me acuerdo que yo me devoraba todos los libros que podía, pues me resultaban sugestivos, pero con mucho sigilo e inquietud, pues como te pillase el cura estabas apañado, como se decía, pero no creo que fuera para tanto, ya que al menos los quitabas el polvo y se aireaban ¿no?

En el umbral de ser sexagenario, mi edad me permitió presenciar algunas actuaciones de las últimas Cofradías, como era el momento de pasar lista a los cofrades en los soportales o en el interior de la iglesia, y cuyos tonos de voz puestos en directo por aquéllos, con la contestación “presente”, nos solía producir a los chiquillos batahola y extrañeza. Este control de presencias y ausencias se verificaba en los días o actos establecidos con obligación de asistencia, como era en los entierros de cofrades, días de Semana Santa y otras fechas señaladas por la asociación que, lamentablemente, no puedo precisar. Otras actividades eran similares a las que he expuesto con anterioridad como son los turnos para hacer el “hoyo” para dar sepultura a los cofrades fallecidos; el turno para ir a recoger con el carro al cura para que dijese misa los domingos, y, en fin, algunas reuniones que celebraban sus miembros en el antiguo ayuntamiento, en la escuela, y puede que en alguna casa, en las cuales se distribuían por el que hacía de alguacil de la Cofradía bollos o galletas de vainilla y limonada repartida para todos en la misma jarra. Creo que la última de estas Hermandades se llamaba “Cofradía de la Veracruz” y el representante o “mayordomo” era elegido rotativamente de mayor a menor edad, el cual estaba obligado a portar la insignia o símbolo representativo de la Cofradía en los actos de asistencia obligatoria para los asociados, la cual consistía en un bastón o vara de madera, pintada en color negro, y acabada en forma de cruz.

-II-

Existe la certeza de que la elección de San Martín de Tours como Santo Patrón del pueblo de Constanzana se hizo con la participación popular de todo el vecindario, y que dicho evento tan trascendental fue conducido por las Cofradías y Hermandades existentes en el pueblo, en aquella época supuestamente lejana. En efecto, fueron dichas organizaciones las que hicieron las propuestas, corrieron con los gastos y, en definitiva, pusieron todo su elenco y su empeño para hacer factible aquella votación.

Creo que debemos admiración, ¡y grande!, a nuestros antiquísimos predecesores por la elección tan admirable y acertada que hicieron con sus votos, y que, en muchos aspectos, parece estar en consonancia con el carácter congénito que suele acompañar al

conjunto de sus descendientes, pese a que este último aspecto pueda resultar dubitativo para alguno.

Aunque para todos los constanzanenses puede que resulte demasiado sabida la biografía popular referida a San Martín de Tours, me parece atractivo transcribir seguidamente los rasgos más importantes, o al menos los que yo más conozco, que reputan la especial personalidad humana de nuestro protector y patrón.

San Martín de Tours nació en Sabaria, Panoia (Hungría), en el año 316. Murió el 8 de noviembre del año 397 en Candes, Turena (Francia), en uno de los sitios más bellos de Francia, cercano a Tours.

En su infancia, se trasladó desde su lugar de nacimiento en Hungría a Italia, donde vivió en unión de sus padres y hermanos, y estudió en Pavia donde conoce el cristianismo. Sus padres eran paganos. Su padre era un veterano del ejército romano en el que alcanzó la categoría de tribuno.

Desde muy joven sintió un cariño y una inclinación especial por los temas religiosos, y su padre, al parecer con intención de desviarle de esas ideas, le hizo alistarse en las milicias a los quince años, donde sirvió a caballo en la guardia imperial romana.

Siendo militar surgió una de las historias más bellas y más conocidas de nuestro santo y que ha sido el hecho más tratado en la iconografía. Un día de invierno muy frío, cuando formaba parte de las tropas romanas en un destacamento de Amiens (Francia), se encontró con un pobre hombre que estaba tiritando de frío y a medio vestir que le imploraba caridad, y no teniendo monedas ni nada para darle, Martín sacó la espada y dividió en dos partes su manto (llamado también clámide), y le dio la mitad al pobre. Fue objeto de burlas por parte de sus compañeros, pero según cuenta la tradición, su acción caritativa fue dulcemente recompensada, ya que ese mismo día por la noche, vio en sueños a Jesucristo vestido con el mismo trozo de tela que había dado al mendigo, y oyó que le decía: “Martín, hoy me cubriste con tu manto”.

Sulpicio Severo, discípulo y biógrafo del santo, cuenta que San Martín era entonces catecúmeno, es decir, se estaba preparando para el bautismo, y que tan pronto tuvo aquella visión se hizo bautizar en dicha localidad de Amiens, cuando contaba dieciocho años de edad.

Por aquella época, ya los bárbaros (pueblos procedentes del norte de Asia y otros pueblos europeos que por no pertenecer al Imperio Romano se les conocía como “extranjeros” o “bárbaros”) intentaban penetrar en las fronteras del todopoderoso Imperio, por lo cual una de las legiones romanas comandada por el César Juliano, y en la que se hallaba encuadrado Martín, del que todo el mundo recuerda el suceso de la capa partida, se había concentrado en la ciudad de Worms preparando la ofensiva contra aquéllos, pues ya habían iniciado la invasión de la provincia de Las Galias (comprendía gran parte de Francia y una pequeña parte del noreste español).

Juliano, para levantar de manera convincente la moral de sus soldados, decidió incentivarlos con regalos y así fomentar el aumento del ardor en la batalla. Estando las legiones ordenadas y alineadas, los soldados iban recibiendo el dinero que generosamente había ordenado Juliano. Fue entonces cuando Martín renunció a llevar armas, y aproximándose a su general le dijo: “Hasta ahora, César, te he servido como soldado y he luchado por ti. Déjame que de ahora en adelante sirva y luche por Dios”. El César quiso darle varios premios pero él le dijo: “El que tenga intención de continuar

siendo soldado que acepte tu donativo; yo soy soldado de Cristo, no me es lícito seguir en el ejército, y mis premios serán espirituales”.

La posición de Martín constituía una infracción disciplinaria de las normas militares tan suficientemente grave como para que Juliano le hubiera mandado ejecutar. Pero Juliano haciendo honor a la habilidad, destreza y estrategia de las que de forma tan frecuente suelen alardear los adalides militares, sopesó la disyuntiva a la que le había llevado la petición “singular” del soldado Martín: Por un lado si accedía a su solicitud en medio de una operación militar podría acarrear otras disensiones y desertiones entre sus tropas; por otro lado, si mandaba ejecutar al osado y atrevido militar el ejemplo de éste podía extenderse entre sus compañeros. Ante aquella situación, Juliano pretendió desautorizar a Martín, contestándole: “Tú sabes que el combate está pronto, los bárbaros nos atacarán mañana y hemos de responder con contundencia, la seguridad del Imperio peligra. Tu actitud, querido Martín, parece que está más motivada por el miedo que por tus convicciones religiosas. Dices ser cristiano, es decir, un cobarde. Tienes miedo de enfrentarte al enemigo”

Martín escuchaba con paciencia, sabía que Juliano era un buen comandante, erudito en los negocios de la guerra y de la filosofía. Su ataque contra el cristianismo era hábil. Si no respondía con pericia, sus compañeros de armas se reírían de él, y, lo que era peor, de Cristo. Pero nuestro Santo, al que le sobraba valentía, no tuvo que pensar demasiado y la respuesta le salió rauda del corazón: “¡Muy bien! Dices que soy cobarde. Pues mañana, al amanecer, cuando sitúes tus legiones en orden de combate, déjame en primera línea, sin armas, sin escudo y sin casco y me internaré tranquilo en las filas enemigas. Así te probaré mi valor y mi fidelidad y te demostraré que el miedo que tengo no es a morir, sino a derramar la sangre de otros hombres”

Así se acordó. Pero el gesto no fue necesario, pues los bárbaros, por la mañana, pidieron la paz. Las crónicas de entonces anotaron que los bárbaros no se atrevieron a enfrentarse a la pericia militar de Juliano (llamado después “El Apóstata”), pero muchos de los legionarios afirmaron que lo que realmente les espantó fue el haber sabido, gracias a sus espías, que los romanos estaban tan seguros de la victoria que varios soldados acudirían al combate sin armas.

De esa forma obtuvo la licencia de la milicia nuestro Santo, evitando un cruel combate y el derramamiento de sangre humana.

Una vez licenciado del ejército, se fue a Poitiers donde era obispo el gran sabio San Hilario, el cual lo recibió como discípulo, y así empezó su vida dedicada a Cristo por medio de la instrucción y enseñanzas de ese ilustre santo. San Hilario de Poitiers quiere ordenarle diácono. Él se queda de exorcista.

Después de conocer las principales virtudes cristianas, pasa unos días en su ciudad natal y convierte a su madre y a sus hermanos al cristianismo, y se dirigió a Milán. Al cabo de unos años se retiró a una pequeña isla cerca de Génova, donde llevará una vida eremítica de silencio y austeridad. Pero San Hilario le pidió que regresara a Poitiers y allí fundó un monasterio, concretamente en la localidad de Ligugé. Los habitantes de los alrededores consiguieron por sus oraciones y bendiciones, muchas curaciones y varios prodigios. Cuando después le preguntaban qué profesiones había ejercido respondía: “Fui soldado por obligación y por deber, y monje por inclinación y para salvar mi alma”.

En Ligugé vivía feliz dedicado a la oración, al sacrificio y a estudiar las Sagradas Escrituras, pero Tours se había quedado sin obispo. Un día en el año 371 fue

invitado a Tours con el pretexto de que lo necesitaba un enfermo grave, pero se trataba de un engaño ya que el pueblo quería elegirlo obispo. Apenas estuvo en la catedral toda la multitud lo aclamó como obispo de Tours, y por más que él se declarará indigno de recibir ese cargo, lo obligaron a aceptarlo.

Uno de sus primeros actos como obispo fue fundar otro monasterio, el de Marmoutiers, donde establece su humilde residencia, y pronto se convierte en un gran centro misionero, alcanzando enseguida más de 80 monjes, y de él saldrían San Patricio y San Paulino de Nola. Durante su estancia en Tours luchó contra el paganismo, contra la adoración a falsos ídolos y contribuyó especialmente en la divulgación de la fe cristiana, aunque esto no siempre le fue fácil, ya que tuvo en contra a los amantes del lujo y encontró personas pobres de fe e incluso a sacerdotes que no veían con buenos ojos aquella vida de austeridad del santo. Acusa a emperadores, reprime a los herejes, defiende a los débiles y a los condenados a muerte, realiza innumerables milagros, y entre ellos se le atribuye la resurrección de varios muertos. Su fama es indescriptible y es llamado “el apóstol de las Galias”, y San Gregorio de Tours le invoca como “Patrón especial del mundo entero”.

Recorrió todo el territorio de su diócesis dejando en cada pueblo un sacerdote, y fue el fundador de las parroquias rurales en Francia. La gente se admiraba al ver a Martín siempre de buen genio, alegre y amable, empleando en su trato con todos una bondad exquisita. Un día, un antiguo compañero de armas lo criticó diciéndole que era un cobarde por haberse retirado del ejército, y él le contestó: “Con la espada podía vencer a los enemigos materiales. Con la cruz estoy derrotando a los enemigos espirituales”.

Durante la celebración de un banquete San Martín tuvo que ofrecer una copa de vino, y la pasó primero a un sacerdote y después al emperador, que estaba allí a su lado. Explicó su proceder diciendo: “Es que el emperador tiene potestad sobre lo material, pero al sacerdote Dios le concedió la potestad sobre lo espiritual”. Al emperador le agradó aquella explicación.

Durante los años de su obispado se ganó el cariño de todo su pueblo, y su caridad era inagotable con los necesitados. Tuvo numerosos enfrentamientos y fuertes discusiones con varios empleados oficiales, porque en ese tiempo se acostumbraba torturar a los prisioneros para que declarasen sus delitos, y nuestro Santo era un opositor firme contra todo tipo de torturas por lo que se ganó la enemistad de algunas autoridades.

A San Martín de Tours se le han relacionado multitud de tradiciones y leyendas. En diferentes estampas, sale a veces la figura de un ganso, lo cual se debe a que San Martín, lleno de humildad, rehuyó (como antes consta) ser obispo de Tours ya que no creía merecerlo, por lo cual se ocultó en un escondrijo, pero el ruido producido por los graznidos de un ganso delataron su presencia, y fue descubierto por unos eclesiásticos que le convencieron. También se dice que en Tours quiso cortar una encina a la que veneraban los paganos, los cuales se opusieron, si bien convinieron que lo podría hacer si el árbol caía encima de él. El santo cortó la encina y, cuando iba a caer sobre su cuerpo, levantó la mano, hizo la señal de la cruz, y el árbol cayó fugazmente al lado opuesto. Igualmente, se declara que un día, mientras oraba en su celda, se le apareció un rey con una prenda de púrpura, una diadema de oro y piedras preciosas sobre su cabeza, y unos zapatos de oro; el rostro era muy puro y atrayente. Aquella figura le preguntó a San Martín: “Martín, ¿me reconoces? Después de unos segundos de silencio, aquel extraño le dijo: “Soy Cristo y quería presentarme ante tí”. Pero...Martín no le hizo caso.

“¿Cómo puedes dudar?”, le preguntó aquella figura. Entonces nuestro santo le respondió: “Cristo no ha de volver envuelto en púrpura y en oro. Solamente te haré caso si me muestras tus llagas”. Súbitamente, aquel fantasma desapareció y la celda se llenó de humo y azufre, elementos que delataron a aquel curioso visitante.

Supo por revelación cuando le iba a llegar la muerte y comunicó la noticia a sus numerosos discípulos; éstos, que querían estar con él hasta el último momento, le pedían que continuara viviendo, ya que si no lo hacía, su rebaño quedaría expuesto a grandes peligros. El santo respondió con una frase que se ha hecho famosa: “Señor, si en algo puedo ser útil todavía, no rehúso el trabajo que me quieras mandar. Sólo quiero tu voluntad”. Los discípulos querían colocarle más cómodo, y antes de dar el último respiro, les dijo: “Dejadme así, hermanos, mirando al cielo más que a la tierra, para dirigir mi alma en dirección hacia Dios”.

San Martín de Tours es uno de los santos que tiene dedicados más templos en todo el planeta. Un historiador ha contado en Francia 3.667 parroquias dedicadas a él y 487 pueblos que llevan su nombre. La devoción a San Martín está extendida en todo el mundo, y aunque encabezan la lista Francia y Alemania, también es amplia en Italia y España, donde solamente en Gerona hay más de 50 iglesias que le tienen como patrón. Sulpicio Severo escribió Cartas y Diálogos, y sobre todo la Vida de San Martín, cuyo libro ha sido de los más leídos, sirviendo de fuente para llevar por todas partes –a través de cantares y poemas, representaciones teatrales, la pintura y la escultura- la imagen de este Santo, que ha sido considerado el más popular y conocido de toda Europa. Hasta en nuestra obra universal de El Quijote se hace referencia a nuestro santo en el simpático párrafo, que todos hemos leído, en el que don Quijote enseña a Sancho la imagen de San Martín y le explica el caso de la capa.

Su onomástica, como sabemos es el 11 de noviembre, y es el patrón por excelencia de los soldados y, junto a San Francisco de Asís, de los tejedores y fabricantes textiles; le pueden pedir amparo los mendigos. Es el patrón de Francia y Hungría y de numerosas ciudades como son Amiens, Avignon, París y Utrech.

El medio manto de San Martín (el que cortó con la espada para dar al pobre) fue guardado en una urna y se construyó un pequeño santuario para guardar esa reliquia. Como en latín para decir “medio manto” se dice “capilla”, la gente decía: “Vamos a orar donde está la capilla”. Y de ahí viene el nombre de capilla que se da a los pequeños salones que se hacen para orar.

-III-

Se expandía la niebla lejos del Duero, y llegaba hasta los páramos morañegos, llenando y dominando la biosfera de aquel micro – ecosistema, que tenía como ecotono por un lado, las sencillas edificaciones de adobes de la mayoría de las viviendas y construcciones anejas, y por otro, las pequeñas superficies labrantías dedicadas a huertos que, dado su número, bordeaban entonces por completo los llamados “atrases” de ese pueblo en que nací. En ese espacio, dentro de su zoocenosis, destacaba el planeo arcano y de pillería de las águilas ratoneras (aguiluchos les llamábamos) que esperaban un torpe movimiento o un momento de descuido de sus presas preferidas como pequeños roedores, sapos o conejos, para caer en picado sobre ellos y echarles su zarpazo con la fiereza propia del que espera hambriento satisfacer su angustia por la falta de alimento. También se hacían presentes, ¡cómo no!, otros depredadores y carroñeros como los buitres, hoy ya extintos por esos términos, y los abundantes

cuervos negros que se entremezclaban amistosos con los tordos y gorriones que, en bandos, jugaban a posarse y esconderse entre los grandes lindones practicando su intrínseca astucia y esquividad ante la presencia humana

Las postrimerías del verano ya quedaban lejos, y la acción macilenta del transcurrir otoñal iba mutando el paisaje en forma considerable y hacía renacer ilusiones en aquellos agricultores con la culminación en la recolección de los frutos estacionales, cuya cúspide recaía en la recogida o “en sacar” las patatas, cuya maduración había sido advertida por el cambio producido desde el verdor y las flores blancas y violáceas que engalanaban sus plantas en verano, hasta el color marrón que presentaban sus parras a primeros de noviembre.

Ese ambiente sereno y silencioso pero gélido, que se agravaba con la sensación posesiva de la humedad de la niebla, era turbado por las blancas columnas de humo que se extendían en forma abundante en la mayoría de los pequeños predios que componían el biotopo de dicho hábitat de cultivos. Eran las fogatas o “chisqueras” que los afanados recolectores prendían en dichos campos con las secas parras de patata, y en las cuales se asaban dichos tubérculos para el placer y alegría de los más pequeños, y para alimento o tentempié, por qué no, de los cosecheros que por familias o en cuadrillas pasaban de sol a sol (más bien de luz a luz en la mayoría de los días) entroncados en la tierra para extraer a azadón, parra a parra, cesto a cesto, saco a saco, aquellas patatas rojas, limpias y brillantes que iban a ser uno de los elementos básicos en la dieta alimenticia de entonces.

Todas esas fincas eran conocidas familiarmente con nombres como “el picón”, “el cuadro”, “el piazó”, “el huerto”... y un sinfín de apelativos similares que emulaban usualmente su geométrica figura. Eran de superficie muy limitada y estaban altamente deslindados, desapareciendo en su mayoría con la posterior Concentración Parcelaria. El principal protagonista de esos fructíferos predios había sido, durante la anterior estación estival, la “noria” (artilugio introducido por los árabes en España) y su rechinar agudo producido por el “gato” al engarzar en los “dientes”, así como el sonar pomposo del agua en la carga y descarga de los “cangilones”, gracias a la acción constante y uniforme del tiro del caballo o del burro que, con sus ojos tapados, hacía sin descanso el trazado circular alrededor del pozo. Pero, a primeros de noviembre, ya bien entrada la estación otoñal, ese protagonismo iba a ser asumido por las hogueras y su olor atrayente a “patata quemada”, y por las hileras de sacos llenos con los “canteros” ya cosechados.

Esas hileras de sacos atados con “lías” iban a ser cargados, en su mayoría, en aquellos camiones “de los patateros” que, salvando grandes obstáculos y distancias, viajaban por los pueblos de La Moraña procedentes de localidades de la Sierra de Gredos de Ávila, de la Sierra de Béjar (Salamanca), de Segovia y de otros diversos lugares. ¡Cuántas peripecias y aventuras compartieron con los agricultores de entonces! ¡Cuántas calamidades conjuntas y extendidas para la obtención de un nimio lucro! ¡Cuántas esperanzas e ilusiones frustradas ante el bajo o ridículo precio de los productos obtenidos con tanto sacrificio y esfuerzo! ¡Cuántas semejanzas de aquellas situaciones con las espeluznantes imágenes que, actualmente, divulgan por doquier los mass-media filmadas en países que dicen subdesarrollados o afectados por calamidad o desgracia!...

Recuerdo aquellas tardes grises y lánguidas en las que los muchachos salíamos de la escuela y nos dirigíamos a esa huerta, de tal camino, donde acababa de “atrancarse” uno de esos camiones patateros. Ante el desconocimiento de los secretos de la automoción, por la inexistencia de vehículos en la zona, ¡qué enormes nos parecían aquellas ruedas del camión, que giraban a zumbidos intentando zafarse del

socavón en que se había sumergido! Desarrollaban sí mucha potencia, pero inútil ante la falta de apoyo en aquel barro arcilloso que sólo se hacía asiento con la ayuda de los palos de leña, parras, etc, que se colocaban delante de las ruedas para que “agarrasen” e hicieran su cometido. Ese espectáculo frecuente, lamentable y obsesivo para los mayores, resultaría a la postre instructivo para los pequeños, pues, de las habilidades peripecias a las que se tenía que recurrir íbamos a aprender, sin darnos cuenta, principios y teoremas de la Física, especialmente de la Mecánica.

Otra porción de la cosecha iba a ser trasladada con los carros a las “paneras” de las casas, para su almacenaje: en parte, para el consumo familiar, y, en parte, con la esperanza de poder vender más caro después, corriendo el riesgo de una pérdida mayor, pues solía ocurrir que a la merma de peso y el pudrimiento de las patatas en las paneras, se uniese el no incremento esperado del miserable precio de venta.

Por otro lado, en la recolección o extracción de las patatas se utilizaban dos cestos: en uno se depositaban las de mayor tamaño, y en el otro las “pequeñas”. Estas patatas chicas, a las que se solía llamar también “sementeras” por ser más aptas para la siembra del siguiente año, se almacenaban separadamente ya que no eran utilizadas para la venta ni para el consumo familiar, pero sí lo eran para el consumo de los animales, especialmente para los cerdos. En este sentido era usual la presencia en las lumbres de paja, que presidían las cocinas de las mayorías de las casas castellanas, de las llamadas “latas de patatas para los cerdos”. Diariamente en dichas lumbres bajas, tan diferentes y distantes de las actuales ornamentales chimeneas, se colocaban al lado de la “cobra” (recipiente en redondo para calentar el agua para el aseo y limpieza) esas latas conteniendo patatas pequeñas que, por las tardes, se volcaban en los comederos de las “pocilgas” de los cerdos envueltas con la “panija” y que iba a constituir un buen alimento para el engorde de los marranos. ¡Cuántas veces hemos ingerido gustosos algunas de esas patatas cocidas!

Pero no todo iba a ser devaneo y esfuerzo, pues en aquellos días que constituían el prelude de la “función” de San Martín era muy frecuente la presencia de los llamados “titiriteros” y “comediantes”, y cuya acampada con sus “carromatos” durante varios días, iba a suponer un gran balón inflado de ilusiones, no sólo para los pequeños, sino también para los jóvenes y los mayores, que lo veían como una forma de evasión de sus contrariedades.

Actualmente, es de sobra conocido, únicamente las grandes ciudades, y no todas, poseen teatros en los que se representan obras literarias, musicales o novelescas. Pero en aquella España rural de los años cincuenta, los profesionales del teatro se forjaban a base de representaciones y actuaciones en recorridos continuos por los pueblos y lugares más recónditos de la geografía española. En las biografías de profesionales famosos de dicho arte, es frecuente la reseña de esa forma de nomadismo artístico, de ese corretear por los pueblos y aldeas exhibiendo su connatural valía. Ello explica, en alguna medida, la gran calidad de algunas compañías que acudían por entonces a Constanza, presentando obras en las que resaltaban las grandes actuaciones de algunos de dichos comediantes. A pesar de mi corta edad de entonces, evoco algunas de dichas representaciones (en el salón del tío Máximo “el panadero” y en el de la Evarista) que, dado su empaque artístico, nos hacían soñar ilusiones y utopías intangibles. Creo que todas las obras eran muy interesantes, pero recuerdo que entre la gente mayor eran “Don Juan Tenorio” de José Zorrilla y “Santa Genoveva de Bramante” las que de mayor predicamento gozaban, quizás por ser las más conocidas y populares en aquel tiempo.

Alternativamente con esas compañías teatrales itinerantes, acudían los llamados “titiriteros” que quizás estuviesen en escalones profesionales mucho más bajos que aquéllos, pero que, sin duda, suponían el mismo grado de quimera y de entretenimiento. Sus actuaciones consistían en ejercicios de equilibrio, juegos de magia, actuación circense de animales preferentemente pequeños monos y cabras, chistes y palotadas propias de los payasos,...todo ello amenizado con el sonido de su banda de música con la que también ponían baile. Igualmente solían pasar “cine”, con películas que en su mayoría eran insonoras, pero resultaba inusitada la forma en que interpretaban de viva voz los diálogos de los actores y el cómo iban explicando la trama del argumento.

Sin embargo, no pensemos que dichas atracciones nos iban a reportar un regocijo total, pues hasta en la niñez ya éramos conscientes de la condición rayana en la pobreza, en la que la gran mayoría vivíamos, por lo que una buena parte de esas noches de comedia, de circo o de cine nos tocaba ir “al cine de las sábanas blancas”, como decían nuestros padres, y que, como todos sabemos, consistía en irse a dormir a la cama. No tengo ninguna duda de que aquellas privaciones les originaban gran malestar a nuestros ascendientes, y de que nosotros entendíamos la necesidad de ese reparto de turnos para las asistencias, sabedores de la parca capacidad económica y el elevado número de miembros familiares.

Con dichos aditamentos nos íbamos a introducir en los prolegómenos de la festividad de San Martín, nuestro patrón. En la situación social y económica en que actualmente nos desenvolvemos, quizás nos resulte enigmática aquella preocupación generalizada que embargaba el pensar de las gentes del pueblo en que todo estuviese preparado, en que todo apareciese más terso y nítido en los dos días, entonces, más importantes del año.

En efecto, en aquella España en la que el sector primario de producción (agricultura, ganadería y pesca) era preponderante y casi exclusivo, en la que la población rural multiplicaba a la población urbana, los pequeños pueblos constituían “células vivientes” que, debido al aislamiento (favorecido por la escasez de transportes y medios de comunicación), tenían que ser lo más autosuficientes posibles en su economía de subsistencia, y ese mismo aislamiento iba a favorecer la homogeneidad, en la que los individuos compartiesen con más ardor las mismas tradiciones, sentimientos y culturas.

Por ello, los preparativos de la fiesta de San Martín eran tan amplios y significativos, pues no sólo representaban una devoción o simple aprecio, según el caso, hacia el Santo, sino que también iban a constituir una puerta abierta, una ventana franca al exterior, ese exterior tan limitado y próximo que tan sólo abarcaba el cercano mundo de los demás vecinos, de los familiares forasteros que residían en localidades no lejanas, o los visitantes de los pueblos colindantes que, ¡cómo no!, acudirían a la “función”.

Esa delirante inquietud iba a abarcar tanto al cuidado del cuerpo, como al arreglo de la imagen con el cambio o estreno del exiguo vestuario. El arreglo del pelo era un peldaño ceremonial, tanto para las mujeres como para los hombres. En este sentido, los hombres acudíamos en las vísperas a los “barberos” existentes en el pueblo (“el tío Juanito” y “Máximo”); la presencia o traslado de “peluqueras” desde alguno de los pueblos cercanos iban a satisfacer la más exigente demanda de las mujeres.

Alguien en nuestro Siglo de Oro calificó a nuestra paisana, a nuestra santa universal, a nuestra única doctora ecuménica, Santa Teresa de Jesús, como “mujer inquieta y andariega”. Pues ese calificativo, yo lo haría extensible a ese cúmulo de mujeres, emprendedoras y constantes, que entonces se erigían en el estímulo y el motor

que ponía en marcha y hacía andar a esa pesada maquinaria humana y que, gracias a sus resistentes turbinas, no sucumbió ante tanta dificultad y aprieto. Ellas, con la suficiente antelación, ya se habían encargado de adquirir o escoger aquellos “vellones” de oveja “churra”, blanca o negra según gusto o destino, los cuales, después de ser lavados y preparados, iban a ser ovillados tras ser hilados pacientemente con aquellos artísticos “husos” o “ruedas”. Con aquella lana elaborada manualmente, o con otra comprada ya ovillada, iban a confeccionar muchas de las prendas, como jersey, calcetines, bufandas..., que iban primeramente a servir de estreno en la fiesta y posteriormente de abrigo en el inminente invierno. Igualmente, con la previsión oportuna, iban a atarearse en el arreglo de prendas usadas por los mayores y que, tras el acomodo y ajuste, servirían de “segundo estreno” para los más pequeños de la familia; en este sentido, era muy frecuente el dar la vuelta a la tela del abrigo o de otras vestimentas, y así se hiper -aprovechaban los tejidos en aquella canalización rotativa de trasposos del padre al hijo, y del hermano mayor al menor.

Ahora bien, no todo nuestro ropero iba a ser procedente de “un traspaso de poderes” (entrecomillado metafórico y de broma), pues todo el mundo tenía que estrenar algo, por lo que aquellos atavíos sólo iban a ser un complemento al vestuario de la fiesta. Eran los momentos de adquirir las telas para los vestidos de las mujeres y los paños para la ropa de los hombres. La penuria de los medios de comunicación y transporte hacía que hasta el pueblo cercano de Arévalo resultase distanciado, y además a la falta de capacidad económica se unía la ausencia de suficientes y adecuadas ropas de confección. En este contexto, los llamados “tenderos”, que entonces eran numerosos y puntuales (recuerdo a “El Segoviano”, “Los Ubiles”, “Juanito el de Fontiveros”, “Rufino Morán de Fontiveros”, entre otros), iban a suplir dichas carencias e iban a convertirse en los principales proveedores de tales géneros. Eran días en los que la presencia de Alejo, el sastre de Collado, se hacía más frecuente, pues se había ganado a pulso su consideración de principal diseñador de los trajes de los hombres en el pueblo; la confección de las ropas de las mujeres iba a ser tarea encomendada a diversas “modistas” de algunos de los pueblos colindantes, y que también se hacían más presentes por las constantes “pruebas”.

-IV-

Desde muy antiguo según cuentan los anales de muy diversas Cofradías, existía en los pueblos de Castilla la costumbre de celebrar con gran boato y alegría las vísperas del día del Santo Patrón. Siguiendo con esa tradición tan arraigada, el día 10 de noviembre se consumía lentamente con el anhelo puesto en la llegada del crepúsculo del Sol, pues esa hora del ocaso iba a constituir uno de los momentos más álgidos para los pequeños y los jóvenes de Constanzana. El repiqueteo de campanas (que se hacía arte y melaza fina cuando era ejecutado por Luci o Teodorico, hijos del tío Paco el sacristán) nos anunciaba esas vísperas de la fiesta patronal y congregaba en la plaza a los muchachos y los mozos que, por propia iniciativa, comenzaban la tarea de ir acumulando palos, ramas, parras secas y otros diversos objetos útiles para arder.

En esa sencilla pero querida plaza, apenas alumbrada con una pequeña bombilla, en la que tantos juegos, inquietudes, pareceres y travesuras he compartido con los amigos de la infancia; en esa pequeña plaza, en la que las lluvias del otoño habían empapado hasta el hastío el suelo de tierra y se embalsaban en charcos y barrizales; en esa plazuela, en la que tanto hemos brincado, tantas patadas hemos dado al balón, tantas veces hemos jugado al frontón, tanto hemos reído y disfrutado con sencillos juegos...se

amontonaba un gran cúmulo de desechos que, al prenderlos, iban a levantar una gran llamarada, que parecía indicar el adiós a lo maléfico y el renacer de lo festivo; una gran llamarada cuyo resplandor, reflejado en la torre y en las modestas casas que cercaban la plaza a través de las pequeñas gotas líquidas integradas en la niebla, transformaban a aquélla en un lugar fantasmal, en un lugar de brujería, en un lugar de espectros..., que los muchachos observábamos atónitos pero regocijados con el calor que desprendía. Era la “chisquera”, era la “luminaria de San Martín”. Eso, y nada más que eso, constituía las vísperas del día del Santo Patrón.

Todo parecía muy simple, todo era muy desnudo y natural; pero todos los actos o celebraciones son y resultan ser muy subjetivos, y como dice el refrán “todo depende del color del cristal con que se mire”. Por ello, y como “el poco tener, mucho te hace querer”, aquella ceremonia nos producía fantasía y asueto, y aquel calor gratificante de la cordial hoguera iba a hacer olvidar a muchos sus incipientes padecimientos causados por aquellas “chivas” en las piernas que, especialmente en algunas chicas, parecían o las llamábamos “cabras”, dado el alto grado de inflamación de las venas; te iba a hacer olvidar el incesante y molesto picor que, a muchos, les producían aquellos “sabañones”, que no cedía ante la impregnación cutánea con ajo recalentado.

A pesar de los carámbanos y los chuzos que solían formarse en aquella época anterior al inicio del cambio climático, y que solíamos llamar “caramelos” o “confites” por su semejanza con las figuras de los dulces de entonces, y que hoy asemejaríamos a las estalactitas de las cuevas del Drach de Mallorca, a las de Nerja (Málaga) o a las más familiares de las cuevas del Águila de Arenas de San Pedro, nos quedaba muy lejos el hacer ascos al permanecer en la plaza viendo consumirse los últimos rescoldos; nos resultaba impensable perdernos esos momentos de charlas sobre pretéritas e incivilizadas aventuras, esos momentos de corretear entre el humo, esos momentos de saltar por encima del extinto fuego...; la pugna contra el frío se había ganado, el frío estaba vencido, el frío estaba olvidado. Hasta habíamos cantado, asado castañas y bellotas y, sobre todo, habíamos esperado a las doce para recibir al día 11, hasta ver nacer el día de San Martín.

-V-

Dicen los “meteorólogos naturales o inductivos” que por estas fechas suele haber unos días en los que las condiciones atmosféricas cambian, en los que el viento del sur aparece y hace elevar las temperaturas, siendo conocidos como el “veranillo de San Martín”. A ese viento mitigador se le suele denominar “castaño” porque su acción templada hace caer las castañas de los árboles. Pero como esas afirmaciones no son científicas, sino sólo especulativas, raramente se cumplían, y aquellas mañanas de San Martín, aunque no se madrugaba en exceso, solían acompañarse de niebla y frío, cuyos fenómenos ya intuías desde “el catre” de la “alcoba” por el empañamiento de los cristales de las ventanas y la humedad agresiva y expansiva que se hacía notar en aquellas “salas”, favorecida por el escaso cometido aislante de las ventanas y puertas, que solían adolecer de un adecuado ajuste en sus jambas.

Sin embargo, ese clima glacial y húmedo no iba a poder con el cálido ensueño que entonces representaba la “función del pueblo”. Había que asearse pronto para que no te sorprendiesen las “voleás” y te quedases sin ir con todos los chicos por delante de los músicos en la ronda por todo el pueblo; además, ya desde tempranas horas,

comenzaban a llegar en los carros los numerosos familiares, de pueblos no muy lejanos, que por costumbre y cariño no faltaban a la “fiesta”.

Entre el sonido de los bonitos y alegres pasacalles y marchas entonadas por la orquesta, que parecían hacer levantar la niebla y calentar el entorno, se iba congregando el vecindario y los familiares forasteros a la entrada de la iglesia, donde esperaba el toque de las “terceras” para entrar a la misa solemne ofrecida por el pueblo en honor de su Patrón.

Las grandes losas de granito, que pavimentaban el suelo de aquel templo, se hacían silenciosas y enfáticas ante la rebotante presencia de asistentes en día tan señalado, y, en unión de las columnas barrocas de volutas doradas, que sobresalían en aquellos bellos y valiosos conjuntos de los tres altares (Mayor, San Pedro y el de la Virgen, con el Niño de la Bola), parecían querer participar, con su sereno esplendor, en los vericuetos del latín, que enriquecían aquel ceremonial cantado en gregoriano. Tras el “introito”, se iba a hacer la deprecación al Señor llamándole con la palabra griega “Kirie”, iniciándose el cántico del Kirieleison (Señor ten piedad) acompañado al órgano de fuelle existente en el coro o al más moderno armonio del sacristán, que convertían en imperceptibles, tanto los resbalones de los reclinatorios que eran provocados por algunas mujeres en su afán de notoriedad y coquetería, como los ruidos de los bancos, que bordeaban el perímetro, originados por algunos hombres en su rudeza de modales.

En aquella liturgia preconiliar (anterior al Concilio Vaticano II) en la que el sacerdote hacía la celebración dando la espalda a los fieles, las mujeres estaban obligadas a llevar el velo y la misa se oficiaba en latín, se me hace ineludible destacar la perfecta pronunciación y la especial habilidad en la ardua distinción de las terminaciones de los “casos” del nombre y de los “tiempos y personas” de los verbos latinos que conformaban los vocablos, por aquellos “coros de mozas” que se desenvolvían como pez en el agua en esos difíciles cánticos, y que ponían de manifiesto su capacidad y tesón plasmados en una magnífica modulación musical y compenetración de sus bonitas voces.

A los acordes del órgano parroquial que acompañaban las sucesivas trovas latinas entonadas por aquellos coros, iba avanzando la ceremonia en la afable iglesia, que entonces aglomeraba expuestos en todas sus paredes numerosos tesoros artísticos, que producían una impresión acogedora muy distante del actual desnudismo. La iconografía de San Martín, montado sobre su caballo y acompañado por el pobre de Amiens con el que compartió su capa, y colocada sobre las andas, se convertía en testigo de excepción de uno de los momentos más importantes, entonces, para los adultos, y que no era otro que el “sermón” del cura.

En efecto, era el momento en el que el sacerdote tenía que poner al descubierto sus dotes oratorias, pues en aquella época la puesta en escena, la voz, los altibajos, las pausas, los aspavientos, los gestos..., todo constituía parte importante de un buen predicador; por ello, toda esa preparación y montaje iba a tener tanta o más importancia que el verdadero contenido o enseñanza doctrinal de los mensajes. Era el momento en el que el celebrante, además de en los “Dominus vobiscum” y en el “Ite missa est”, iba a dar la cara a los congregados, abandonando el altar y subiéndose al pináculo, llamado “púlpito”, donde iba a pronunciar esa frase “Y rasgó su capa, y la repartió entre los pobres” con la que inicié este relato. Así, dominando desde la altura las testas y los rostros de los congregados, se iba a despachar a gusto en sus explicaciones preparadas, si bien los pequeños “pasaríamos del rollo”, colocados en los bancos situados en el recinto del presbiterio, escoltando al barroco altar, y prestando sólo atención cuando en

una de las “frases hechas”, como la antedicha de la capa, el orador levantaba la voz como queriendo intensificar nuestra curiosidad.

Pero el desarrollo uniforme del ceremonial se iba a romper con la irrupción de aquellas notas musicales afinadas por los músicos en el momento de la consagración, que iban a adicionar riqueza y brillantez a la festividad en la que, olvidando las carencias, privaciones y penurias cotidianas, participaba con regodeo y júbilo todo el pueblo en asamblea comunitaria.

El incremento del jolgorio, a la salida de misa, encubría la especial finura atmosférica que parecía medir el ambiente con la disminución paulatina de la niebla que, a regañadientes, trataba de levantarse ante la presencia de la imagen del Patrón sobre las andas, la cual, tras el traspaso del pesado portalón de madera, roído y corrompido por el tiempo, era recibida a los sonos del himno nacional e iba a dar paso al inicio de la Procesión. Entre el clamoroso y desbocado toque de campanas, se formaba, con ejemplar autodisciplina, la cabecera del cortejo procesional, capitaneada por el pendón morado de nuestra Castilla y escoltado por la cruz procesional, flanqueada por sendos artísticos ciriales plateados, portados por los monaguillos ataviados con sus vestimentas en colores blanco y rojo. Era el instante para los pequeños de echar una ojeada a la plaza para comprobar el montaje de los puestos de los confiteros, ya que su cantidad y calidad constituía para aquéllos un medio subjetivo importante de medida, en cuanto a la grandiosidad o mediocridad de la fiesta.

Tras la colorida cabecera, se formaban sendas filas de escolares, los chicos al lado izquierdo y las chicas al derecho, colocados de dos en dos y vigilados con estrechez por el maestro y la maestra de turno, por lo que estas duales columnas eran respetadas meticulosamente durante todo el recorrido, lo que adicionaba solemnidad y formalidad a tan sencillo, pero emotivo acto. Tras esas dilatadas filas, se colocaban los jóvenes y adultos cotejando a la estatua de San Martín que precedía a los músicos, y, por último, el sacerdote, precediendo a las jóvenes y adultas. Los simples cuchicheos en voz baja, que alteraban el imperioso silencio, no eran óbice importante para permitir la perfecta audición del bombo señalando los tiempos del compás, el redoble de la caja con sus semifusas y notas a contratiempo, o las melodías musicales con los graves y agudos ejecutados a dúo por los saxofones y trompetas. Todo ello iba a integrar sencillas, pero armoniosas composiciones sacras, que se difuminaban en la pureza ambiental, y producían una limpia sonoridad con la absorción de ecos ejercida en aquellas callejuelas por las paredes de adobes y tapias de barro prensado, que a las mismas bordeaban.

Finalizada la procesión, con el acceso al templo de la efigie del Patrón a los mismos sonos musicales con los que había sido recibida a su salida, era el momento de soportar impasibles las bravuconadas de los que habían subido a la torre para el toque de campanas, quienes querían resaltar sus “heroicidades” en el campanario al haber conseguido, o casi logrado, el dar la vuelta a la campana, con el pavoneo de su gran “logro”, que para alguno parecía constituir un especial bagaje a sumar en su particular “currículum vitae”.

Mostrada nuestra indiferencia a tan ridículas acciones, que contrariamente para alguno le podían resultar homéricas gestas, nos pasábamos aquellas mañanas deambulando por la plaza, la solana o el salón de baile, según la permisividad del tiempo, en torno a nuestra principal atracción que, entonces, eran los puestos de los confiteros. Allí nos divertíamos jugando al tiro de la escopeta, explotando petardos, inflando globos o comprando caramelos, avellanas o almendras; también nos

obligábamos a escuchar a los familiares forasteros sus historias sobre las “grandes innovaciones” y otros “faroles” que alegaban producirse en sus respectivos pueblos, e igualmente alternábamos el entretenimiento visitando los “cuartos de juego” de las “tabernas” en los que se habían reunido los mayores para jugar al mus, al tute o a la brisca apostándose el importe de los pasteles de Peñaranda que, como novedad especial, solían traer los cantineros para la fiesta.

Aquellas tardes de San Martín las recuerdo con la presencia de los muchachos y muchachas de los pueblos vecinos, con los que compartiríamos vivencias y juegos hasta el momento del inicio del baile con la desaparición del firmamento de nuestro astro solar, momento en el que los chavales tenían que regresar andando a sus pueblos respectivos. Eso, en el mejor de los casos, pues por entonces era muy frecuente la difusión de falsos rumores, que conseguían inquietar a nuestros padres, y hacerles dudar en cuanto a la concesión o la limitación del permiso para acudir a la fiesta de los pueblos vecinos.

-VI-

Se define el rumor como una pseudoinformación; como la voz que corre entre el público; como una proposición específica o determinada para que pueda ser creída por el público, aunque no pueda ser confirmada o desmentida por medios de prueba.

Allport y Postman afirmaban que la cantidad de rumor varía según la importancia del asunto, multiplicado por la ambigüedad del tema. Señalaban que, para que el rumor tenga éxito y se extienda o circule, necesita tres elementos esenciales: Importancia, que cree interés entre el público. Motivación, que afecte o interese fuertemente a los sujetos a los que va dirigido. Ambigüedad, que no sea muy concreto para que pueda dar lugar a diversas interpretaciones.

En este sentido, en aquellas épocas, eran muy frecuentes los rumores sobre la actuación de los “maquis”, que, en ocasiones, decían haber sido vistos en tal o cual pueblo, pinar, camino u otro lugar. Dichos rumores, no cabe duda de que tenían gran importancia y motivación, no sólo por los posibles efectos, sino sobre todo por el supuesto peligro que podría representar, en el supuesto de ser cierta. Los maquis eran considerados como bandidos, asaltantes y malhechores que, tras la Guerra Civil, se habían ocultado en las montañas septentrionales españolas para eludir la posible represión de los vencedores, si es que los hubo en tan lamentable y absurda contienda, actuando en bandidaje y en cuadrilla, aprovechando la nocturnidad, y consiguiendo sus motines a base de la sustracción y el asalto intimidatorio. Esa era la reputación de aquellos sicarios, aunque hoy en día nos intenten vender, como en otros muchos temas, los melones pasados o pipotas las sandías, y nos los presenten como “luchadores de la libertad” ¿De qué libertad, empleando tales modos? ¿No es difícil creer que nuestra libertad nos la hayan regalado los que eran su intrínseca negación? ¿No es más fácil pensar que ese derecho fundamental nos le hayamos ganado entre todos, con nuestro sacrificio y esfuerzo?

Aquellos bulos no sólo eran ambiguos e imprecisos en cuanto al contenido, sino también en la determinación del origen; es decir, resultaba confuso saber quién o quiénes habían lanzado la falsa noticia. A veces se atribuía a cualquier vecino del pueblo o de los colindantes, pero, al final, terminaba siendo imputada a uno de los numerosos “pobres” o visitantes habituales de los pueblos de esa zona. Ocurría, pues, lo

que dicen los sociólogos estudiosos del rumor, que no era otra cosa que la variada interpretación, refugiándose en la más socorrida.

¿Quién en aquella época no conocía a “Faustito”, la “Super”, el “Pirrongo”, la “Italiana”..., y a tantos y tantos otros que deambulaban por aquellas tierras mendigando un mendrugo de pan que amansase sus estómagos hambrientos? Todos ellos vagaban de casa en casa, como si en ellas se nadase en la abundancia. ¡Pobreza frente a miseria! ¡Encubierta subsistencia frente a indigencia declarada! ¡Nimio orgullo externo frente a humildad reconocida! ¿Quién era más pobre que quién?

Seguramente aquéllos eran totalmente ajenos, e incluso ignorarían la existencia de tan maliciosas intenciones y rumores, pero como suele ocurrir en muchos órdenes de la vida, acostumbraban a convertirles en cabeza de turco, o como se dice en mi tierra les “cargaban el mochuelo”, expresión popular que, al parecer, procede de una historia de cetrería. Cuenta ésta que, tras una larga jornada, en la que los cazadores se habían cobrado catorce perdices y un mochuelo, aquéllos se reúnen con el fin de repartirse las piezas. De los tres cazadores, uno de ellos tenía algún tipo de discapacidad mental, por lo cual los otros dos acordaron que el mochuelo, sin valor, sería para el “tonto”, como una pieza más de perdiz. Terminado el reparto, el engañado se dio cuenta, y les dijo que lo repartiesen de otra forma. Así lo hicieron en formas sucesivas, pero como los dos primeros repartos siempre se hacían entre los dos “listos”, al “tonto” siempre le tocaban cuatro perdices y el mochuelo. Tras varios repartos, al fin, el engañado exclamó resignado: ¡O sea, que me ponga como me ponga, siempre me toca la de la cabeza gorda!

Junto al chisme de los maquis, también solía correr el bulo del “tío chupa-sangre”, curioso seudónimo inventado para causar miedo y temor en los menos avezados. Tanto unos como otros, era de sobra conocido, resultaban todos irreales, absurdos y faltos de fundamento, pero conseguían transmitir la intranquilidad y desazón suficientes para que nuestros mayores nos limitasen nuestras libertades, ya de por sí muy estrechas y recortadas, y se convertían en causa de justificación en la restricción de los permisos para acudir a las fiestas de los pueblos colindantes, sobre todo de noche.

Entre aquellos pobres y andariegos, acudía por Constanzana uno muy especial, uno con una mezcla variopinta: de juglar, de saltarín y alegre caminante. No era otro que el popular: “Luisito el de Pozaldez”.

Luisito, pues así se le llamaba, no sé si por su pequeña estatura física o por resultar más cariñoso y familiar su diminutivo, era natural, como indica su sobrenombre o apodo, de un pueblo de la provincia de Valladolid situado entre Medina del Campo y La Seca; es decir, de Pozaldez, como él siempre proclamaba con orgullo.

Resultaría muy extraño no ver aparecer, en esas tardes de San Martín, la silueta de Luisito con su manta, su boina, su bastón, su chaqueta de amplias solapas y, sobresaliendo, su ancha y colorida corbata. Todos esos enseres que adornaban su aspecto regordete y bajito, configuraban, por otro lado, su personalidad alegre. Tal era su memoria, que conocía, de carrerilla, el día del patrón y las fiestas de todos los pueblos que recorría, a pesar de que eran muchos, pues no sólo era conocido y querido en toda la comarca morañega abulense, sino también en la zonas de Peñaranda, Olmedo, Medina, Cuellar, y tantos y tantos lugares extendidos por una gran parte de nuestra ancha Castilla.

En todas las visitas que Luisito el de Pozaldez hacía a Constanzana, impregnaba el ambiente de alegría, y habrá pocas personas que no recuerden sus coplas, sus bailes,

sus saltos y revueltas. Creo que mi primer recuerdo del personaje alcanza a mi niñez, una tarde en la que llamaron a la puerta de aquella escuela mixta (chicas y chicos juntos), y tras ser recibido por la maestra, Luisito se presentó a la misma en tono muy correcto y considerado, tras lo cual, aquélla le hacía, sobre el mapa, preguntas y preguntas de geografía que él respondía con acierto y seguridad; con posterioridad recuerdo su recital de sencillas pero extrañas canciones y poesías, que él declamaba con galantería y acompañaba con exagerados brincos e inclinaciones, emulando, en sus continuos movimientos laterales de largo recorrido, a los medievales trovadores que interpretaban los versos del mester de juglaría.

Había acumulado tanta cultura popular en sus correrías, que los cuidados piropos que el mozo cuarentón solía echar a las mozas de los pueblos, posiblemente conseguirían ensalzar muchos ánimos y elevarlos a paraísos soñados, muy lejanos de esa realidad representada por una potencial tediosa monotonía. Luisito se transformaba, con frecuencia, en ebanista de ilusiones, y con sus aires animosos fabricó más de una alfombra mágica en la que recorrer volando, pueblos, villas y ciudades, tocadas de ese misterio y encanto que traspiraba su cándida aureola.

Sus modales eran distinguidos y reverentes, y siempre he pensado que era un pionero de las relaciones de sociedad, y que en personas soñadoras y llenas de fantasías como él, que recorrían largos caminos y senderos repartiendo simpatía a cambio de un trozo de pan, pudo fijarse Cervantes para tomarlas como modelo en la creación de su personaje de El Quijote. En vez de desarrollar el fémur, la tibia y el peroné, Luisito había desarrollado la parte más noble de su cerebro, y presiento que absorbía la riqueza residual de los sedimentos de la miseria.

-VII-

En aquellos lustros del “blanco y negro” en los que únicamente las fotografías ponían al descubierto sólo un poco del gris de la ilusión que intentaba germinar entre los oscuros sustratos estériles; en los que las mujeres, desde la mediana edad, se enfundaban “in eternum” en las batas negras del interminable luto; en los que lo único claro era lo negro, y lo blanco sólo se intuía en atisbos de esperanza..., aquellos atardeceres del día de San Martín, recreación del mundo al revés, suponían una salida de las penumbras cotidianas, una tintura de color más vivo y heterogéneo. En esos anocheceres nos cobijábamos en aquellos salones de baile a la espera del inicio de la música, cuyos componentes habían dado comienzo a sus preliminares afinaciones instrumentales.

Los recintos bordeados por las cuatro paredes levantadas con adobes, el piso igualado en tierra o barro, el techo con los quintales de pino o chopo que en forma transversal hacían de sujeción al singular forjado del techo cubierto con ramas, tamujas o escobones que hacían de asiento al tejado..., todo ello constituía la rural estructura de los salones de baile existentes en los pueblos de la comarca. Su ornamentación era consonante con la idiosincrasia del lugar, por lo que con frecuencia aparecían a la vista, colgados de las paredes o de los techos, los aperos y útiles como los sombreros de paja, horcones, garios, bioldos, yugos, colleras, quitaipones..., que parecían hacer recordar las ocupaciones o quehaceres habituales.

Aquel íterin de espera que, para alguno pudiera resultar interminable, nos propiciaba a la mayoría un espacio aprovechable para la satisfacción de nuestros juegos de escondite cuya zona delimitábamos en torno al salón y las dependencias que

constituían el recinto de las tabernas. En ellas era común la puerta de entrada de dos hojas: la inferior se sujetaba con una aldaba de hierro, y la superior, que lucía su inevitable aldabón o “llamador”, permanecía abierta permanentemente durante el día, si bien en las noches y para guardar la estancia, se cerraba por medio de una cerradura, cuyas llaves eran verdaderos armatostes por su volumen y peso.

El recinto solía integrarse por un “portal”, pavimentado en cemento alisado, el techo con oscuros “cuarterones” de madera, diversas “banquetas” repartidas por la estancia y, coronando la estancia, “el mostrador” de cemento, o “barra”, encasillado en una especie de arco hecho en rudimentaria albañilería, en cuyo fondo se adivinaba la presencia del cantinero. Como era el lugar de despacho y consumición de las bebidas, el olor a vino era penetrante y parecía que hasta las paredes y el suelo se hallaban embebidas de ese olor que desprendían las “cubas” conteniendo la bebida distribuida en la comarca por los “Hurtado”. Por entonces, el vino era la bebida primordial de consumo, y sólo años después fue paulatinamente desplazada por la “amarga”, nombre con que en sus inicios era conocida la cerveza, que, dado su sabor, sería ingerida en “matrimonio” como se llamaba a la mezcla, en una gran jarra de porcelana, de aquélla con gaseosa.

Nuestro afán de ocultación en las carreras y los juegos, nos hacía descubrir desde la antesala principal otras estancias o dependencias anejas, entre las que destacaba la “sala de juegos” o “de cartas”, la que aparecía repleta de mesas de madera, sillas y banquetas donde los “mayores” jugaban a las cartas, y en cuya habitación sobresalía la “estufilla” de leña que conseguía la mutación del olor a vino, por el olor a humo, gracias al escape que solía producirse en los tubos de hojalata que servían de tiro y de salida de humos al exterior. Igualmente se nos haría familiar el pasillo de unión del vestíbulo con el salón de baile, donde la oscuridad nos favorecía el disfraz entre las “cantareras”, y donde las pituitarias salían aliviadas con el olor a guisos procedente de la cercana cocina.

Las primeras notas de los pasodobles tocaban a arrebató, y su sonido se extendía por las estancias, esparciéndose con fuerza desde el pequeño y elevado “sobradillo”, doblado en madera, donde se colocaban los músicos, y nos ponían en aviso del inicio del baile de la tarde. Ello hacía congregarnos con presteza a los muchachos y muchachas que, a pesar de nuestra corta edad, como lo delataban nuestros todavía “pantalones cortos” en los chavales, o los “calcetines” en las chicas, juntos iniciábamos el baile, dando vueltas y más vueltas en la “rueda” como si de diablillos saltarines hechos de papel se tratara, que danzaban sin cesar ante el soplo director de una bruja o la dirección amaestrada de los hilos de una marioneta. ¡Cuánto se me asemejan esas imágenes con algunos bocetos pintados por Goya!

Ahora bien, ese tiempo de protagonismo para los pequeños, en el que durante las “piezas” se multiplicaban los “favores”, lo que producía el que una chica no supiese con cuántos chicos había bailado en una sola canción y a los chicos les daba tiempo para bailar con sus preferidas en una única “pieza”, resultaría muy breve, pues en escaso plazo el salón era ocupado a rebosar por los jóvenes y los mayores con cuya presencia los chavales se veían obligados a frustrar su atrevido y audaz comienzo, pues las diferencias de estatura y fortaleza, que proporcionan la edad, aconsejaba no someterse a grandes pisotones.

Aquellos años de la postguerra civil, prolongada por la depresión de la II Guerra Mundial, quedaban aún muy lejos de la etapa industrial y del desarrollo económico y social y, por supuesto, a años luz de la actual era de la información, la telecomunicación

y del avance informático. Entonces, el desconocimiento de los adelantos técnicos, no permitía el uso de la megafonía, la grabación y de otros mecanismos electrónicos aplicados a la música, que, además de aportar riqueza de matices, voces, acompañamientos y amplificación de sonidos, hubieran aminorado los esfuerzos humanos en la consecución de la intensidad suficiente de la audición en aglomeraciones. Por ello, aquellos bailes eran amenizados por la música ejecutada por sencillas y rudimentarias trompetas, saxofones, bombo y tambor, y en alguna ocasión por acordeón; no existían los solistas o cantantes, ni los acompañamientos de guitarras eléctricas, órganos, trombones, violines..., por lo cual había que emplearse a pleno pulmón, se hacía música viva, música al desnudo, verdadera música en directo.

El baile de la tarde transcurría en aquellos humildes salones de baile, que, dados los materiales empleados en su construcción, permitían una gran sonoridad y evitaban la producción de grandes ecos tan notorios en los recintos construidos con los materiales actuales. Como era el primer baile, la animación se hacía patente, pues los ímpetus y ganas de fiesta aún estaban intactos y en pleno auge, por lo que la “rueda” andaba deprisa a pesar de las interrupciones por los “favores”, que en el desarrollo de aquél se hacían continuos. Los muchachos se iban extenuando poco a poco, en sus carreras, brincos y travesuras arropados en el anonimato que proporcionaba la multitud aglomerada. Más deprisa de lo deseado, llegaba a su fin, que solía producirse bastante antes de las doce, para permitir el descanso de la cena y el posterior retorno a la velada.

Muchos y variados eran los usos y costumbres vigentes en las todavía pujantes agrupaciones rurales de aquella época. Entre ellos, se encontraba la costumbre de la “invitación a la cena” el día de la “función”, lo que implicaba el que los “mozos” del pueblo, terminado el primer baile, ofreciesen el ir a cenar a sus casas a los “forasteros”, especialmente familiares, amigos y conocidos, que se “quedasen” a la velada. Aquellas reuniones solían resultar variopintas, divertidas y enriquecedoras de las relaciones sociales con el intercambio de impresiones y de conocimientos, aunque, a la postre, iban a suponer una carga más a las costillas de las mujeres de la casa; ellas serían las encargadas de servir las mesas y del posterior adeudo del “fregadero” que no era cosa de “coser y cantar”, pues si el lavavajillas era inimaginable, sí era presente y patética la ausencia de agua corriente, con lo que después de ese laboreo hoy nos resultarían inexplicables las ganas incólumes de volver al baile.

Tras las concurridas cenas, los mozos y mozas volvían a las cantinas, dando, en el inicio de la madrugada, el comienzo de la “velada”, pues así se llamaba a ese baile de la noche, en el que se cobraba la entrada. Los muchachos no asistían a aquél, resultando humorístico en este aspecto la llamada “investidura de mozo” que solía producirse al cumplir doce, trece o catorce años, según el caso, y que permitía la distinción o el paso de simple “muchacho” a la consideración de “mozo”, cuyo principal atributo consistía en el derecho y el deber de participar en el “pago de la música”, pues entonces algunos de los bailes, como la velada y el baile del mediodía, corrían a cargo de los jóvenes del pueblo. En este sentido, algunos recibían ese “singular status” con el nuevo rol de gallitos tontos y engreídos en el corral de la ignorancia; otros, la gran mayoría, con la serenidad del buen caminante, dando tres pasos mirando adelante y dos mirando atrás para consolidar las bases de su natural madurez y desarrollo.

Las dificultades de los regresos en horas nocturnas, y más en pre - invierno, favorecía la extensión, aún más, de la vigencia de la llamada “familia amplía” frente a la actual “familia nuclear”, que como sabemos se reduce a la convivencia de padres e hijos. En efecto, la familia amplia se hacía flexible y alcanzaba proporciones no imaginables, haciéndose extensible no sólo a los padres, hijos y abuelos, sino abarcando

a tíos, primos y familiares de todos los grados de parentesco, lo que produciría en aquellas casas rurales carentes de todas las comodidades, un excesivo hacinamiento de personas. En este sentido, la insuficiencia de camas obligaba a pasar la noche, en una de esas camas de catre metálico y colchón de lana sin manufacturar, a cuatro o más personas: dos en la “cabecera” y dos “a los pies”, lo que, a veces, no sería bastante para albergar a tanto forastero y familiar, por lo que se hacía inevitable la acomodación de espacios donde extender las sacas de lana, e incluso de paja, en las familias que no disponían de ganado de donde obtener esa lana. En tales circunstancias, conciliar el sueño era tarea más que episódica, harto difícil. Pero todo se aceptaba como bienvenido por ser San Martín, todo se “daba por bueno” porque era el día de la “función”, una vez al año.

-VIII-

Sentencia un dicho vulgar, muy conocido, que: “A cada chon le llega su San Martín”, en referencia clara a que en esta época del año suelen tener lugar “las matanzas” de los cerdos. Por ello, no es de extrañar que el segundo día de San Martín, a diferencia del primero, yo lo recuerde por sus heladas nocturnas y días despejados en los que lucía generalmente el Sol, situación ideal, al parecer, para la curación de los productos extraídos del cerdo. En efecto, era la época de las primeras heladas en alternancia con los largos días de niebla.

El día de “San Martinito”, como alguno lo apodaba, ignorando de dónde deduciría tal denominación, se concebía como propicio para “correr el bollo”, en una costumbre comarcal que algunos seguían, recorriendo las casas del pueblo donde se les invitaba a los dulces, como pastas y bollos, típicos de la zona; en este entretenimiento se pasaba fugazmente la mañana que iba a ser culminada con el comienzo del baile del mediodía. Los muchachos, más descansados por no haber trasnochado, disfrutaban del incremento de la temperatura según iba avanzando la mañana, en la plaza, en torno a las confiterías que se situaban en las solanas aprovechando los ya oblicuos rayos de sol, por su proximidad al invernal solsticio.

La reminiscencia del baile del mediodía me ubica, sobre todo, a su celebración en la plaza, donde tenía lugar varios años, y a lo insólito y exótico que resultaba el ver bailar a la gente en la calle en esas avanzadas fechas otoñales. Igualmente, me recuerda su función de resonancia de las canciones de la orquesta, que al ser oídas de nuevo, se quedaban tan impresas en la mente que te iba a permitir recordarlas durante varios días. Dicho baile puede que resultase el más familiar y entrañable, pues la asistencia casi era exclusiva de la gente del pueblo, y su final constituía generalmente el preludeo de la despedida de los familiares, que solían concluir su estancia después de la postrera comida, y que, sin duda, siempre dejaban en el ánimo un extraño vacío de añoranza.

La tarde se hacía muy breve, y sin darnos cuenta, nuestra estrella solar se ocultaba con melancolía enviando sus últimas centellas luminosas, anunciando la proximidad del inicio del último baile. Con las primeras penumbras, las notas musicales de la orquesta intentaban reavivar la circulación coronaria, que parecía adormecida por el cansancio y la falta de costumbre de tan seguido y luengo asueto, por lo cual los inicios de este baile solían transcurrir embotados y lánguidos, dejando al descubierto a los extintos muchachos y jóvenes del pueblo.

Pero esas muestras equívocas sobre el verdadero ánimo, se iban a desvanecer fugazmente, aflorando al exterior las auténticas ganas de fiesta acumuladas a lo largo

del año, influyendo notablemente en esa mutación, el impulso y verdadero protagonismo de los “casados”, que, más expertos y sopesados sobre el paso del tiempo, participaban activa y alegremente hasta convertirse por momentos en los principales animadores de este baile. Esos escasos momentos de participación de los “mayores” hacía de acicate en el posterior desarrollo de la fiesta, que crecería de tal forma, que ya ningún joven dejaría de bailar, ningún muchacho dejaría de correr y esconderse entre los vericuetos del salón, ningún niño se acordaría de gimotear, ningún mayor se olvidaría de reír..., y obligarían a los músicos, fatigados ya de tanto soplar y percutir, a alargar el fin de tan afectivos y merecidos días de fiesta.

Siempre conté entre las frases de mi predilección, ayer y hoy, mañana y siempre, la que proclama: “Conozco que estoy entre hombres civilizados porque pelean como salvajes”. Por ello, sin duda, me vienen desagradablemente a la memoria aquellas peleas protagonizadas por fanfarrones que, inmersos en su profunda incultura y complejidad, apostaban por demostrar, en los bailes y fiestas de uno u otro pueblo de la zona, quién era más burro que quien, con perdón para el fiel asno que tanto servicio prestó a los campesinos de entonces. Aludo a esas pequeñas pandillas de gamberros y “valentones” que, sumergidos en el mar del vino, no tenían otro medio de hacer notar su extemporánea presencia, procedentes de uno u otro pueblo cercano, que el de provocar reyertas y enfrentamientos para compensar su soledad enmascarada en su aparente superioridad, llegando en algunos casos a intentar abortar la fiesta, en su tentativa de apoderarse de los instrumentos musicales, o con la consumación de sus “originales proyectos” que, en más de una ocasión, fructificó en agresiones y alborotos.

- I X -

Puede que, en realidad, no hayan sido muchas ni importantes las aportaciones y vivencias que haya podido reportar con este relato, y estoy seguro, de que otros muchos podrían enriquecer cualitativa y cuantitativamente aquéllas con variadas y maravillosas anécdotas ocurridas en las fiestas de San Martín, pues yo, en verdad, debido a mi temprano corretear mundano, salí siendo un niño del pueblo de mi naturaleza, y los recuerdos sólo han podido ser extraídos de mi primera infancia. Pero, al menos, he intentado ayudar a conocer un poco de lo que fue la figura y la vida de San Martín de Tours; un poco de la importancia que tuvieron durante largo tiempo las llamadas Cofradías y Hermandades; un poco de la historia de mi pueblo, de lo que fueron sus fiestas, sus costumbres, sus trabajos, sus penurias, sus modos de vida..., en fin, unos escasos pasajes del discurrir de su pasado, en el que se adivinan personajes admirables para el recuerdo, y personajes inhóspitos para el olvido.

Decía Cicerón que “la historia es maestra de la vida”. En este sentido, yo siempre estuve de acuerdo con el pensamiento de ese ilustre orador romano, pues creo que nada ni nadie, salvo las enfermedades, puede borrar los recuerdos; sean éstos placenteros o desagradables, sean éstos favorables o adversos, sean éstos gratos o ingratos, sean ellos miserables o maravillosos, sean aquéllos..., y que lo verdaderamente importante siempre será el saber separar el grano de la paja; el saber extraer cada uno la interpretación o enseñanza adecuada. Nunca me resultó inteligible el que haya personas que viajen en el vagón de la presunción de “su grandeza” por creer que hacen “grandes” a otros lugares, y que sólo presenten como una gran valija, en su triste haber, el desprecio a la “pequeñez” de su lugar natal. Siempre tuve claro, que son más fructíferas y definitivas las posibles enseñanzas recibidas de gente sencilla de un pequeño pueblo, los ejemplos de personas que no habrían oído hablar de Aristóteles ni de Sófocles, pero

con una filosofía profunda y un hondo conocimiento de las tragedias de la vida, que no las que se puedan recibir de esas otras personas que, en su ignorancia o prepotencia, pretenden haber enseñado el arte militar a Alejandro Magno y filosofía a Platón.

Según dicen los biólogos, y con razones más prácticas los agricultores, que, sin raíces, las plantas mueren; que el trigo, sin buenas raíces, no soportará grandes espigas; que los árboles, sin grandes raíces, caen abatidos por el viento,... Por su parte, los ornitólogos afirman que las aves migratorias vuelven a sus nidos, regresan a los lugares donde nacieron... También los sociólogos exponen en sus teorías la tendencia humana a conservar sus raíces, a no olvidar el lugar en el que nacieron, en el que recibieron la socialización primaria, en el que crecieron entre sus familiares y amigos... Yo, que nunca fui ornitólogo, ni biólogo, ni sociólogo, ni agricultor, basándome simplemente en la observación de la vida, deduzco en mis modestas reflexiones que, la ausencia de raíces, el encubrimiento o renuncia a las mismas, suele llevar a las personas a desvariar en sus presuntuosos bagajes imaginarios, que ellas únicamente se creen.

Por suerte, ya hace muchos años que el celemín o la media fanega dejaron de existir como medios de medida; que las perras chicas, las perras gordas o los reales desaparecieron como monedas de cambio; que los huevos, las patatas, las judías o el trigo y la cebada dejaron de emplearse como medio de trueque en la adquisición de otros elementos de subsistencia como el aceite, el pan, o el chocolate; que las albarcas dejaron de constituir el calzado común entre los agricultores; que los sabañones o las “chivas” de la venas se ausentaron para siempre; que...No creo que haya persona alguna que añore o sienta nostalgia de las privaciones y carencias de aquella época, pero sería de mal nacido renegar, por principio, del entorno de todo aquello.

Ahora bien, en estos tiempos del aliviado y deseado progreso, de la angustiada competencia que abrumba por doquier, del agobiante estrés, de los insoportables atascos, de la creciente contaminación y del aire irrespirable que marean la atmósfera hasta límites insospechados..., resulta cada día, resulta cada año, más gratificante y privilegiado el pasear por esos perdidos y solitarios caminos de Constanzana, en los que la mente se libera y crece en reflexión, en los que las piernas se mueven y elevan sin esfuerzo y el corazón se pone a latir con serenidad, y, en fin, en los que parece que la gravedad no existe, y que las acciones de las fuerzas y las aceleraciones estudiadas por las Leyes de Newton se negasen a imponer allí su vigencia.

Cuentan los exploradores y caminantes del desierto que, a veces ven un oasis que no existe, con manantiales de agua rodeados de palmeras. Son los curiosos fenómenos de los espejismos, que suelen surgir por la angustiada falta de agua, por la existencia de una tremenda sed, pues a pesar de que a veces llevan aljibes con agua, ésta se pone tan caliente que, al beberla, produce vómitos y espasmos. El pasear por los innumerables caminos, parajes y senderos de mi tierra, como el camino de El Prado, El Senderillo, El Camino del Pinar, El Camino de Collado, El Sendero de La Monja, el de los Ocho Lobos, o el de Los Barriales, por el Bajo Redondo, Berrendilla, la Razuela o Rompemantos, y por tantos y tantos otros, que seguramente encierran en su denominación el origen de su epíteto, también puede dar lugar a diminutos espejismos; pero no espejismos de atosigamiento físico o desvanecimiento como los de un desierto, sino, al contrario, espejismos de ilusiones, de fiesta y bendiciones.

Por ello, desde cualquiera de los caminos y parajes de mi pueblo, en uno de esos atardeceres de la víspera de San Martín, todos los descendientes de Constanzana seguimos presintiendo las pisadas acompasadas del caballo de San Martín; seguimos vislumbrando como, entre la niebla y el reflejo de sus gotas producido por los últimos

resplandores de la aurora boreal, se conforman los siete colores del Arco Iris y convierten el hábitat en un bonito jardín nevado y helado, en el que se expanden los destellos luminosos y estrellados entre los que se acerca paso a paso un lucero con la imagen de San Martín a caballo; un lucero con San Martín acompañado de su séquito que vuela en carros de fuego; un lucero que aterriza en Constanzana los días 11 y 12 de noviembre. Así ocurre un año sí y otro también, porque San Martín representa la quintaesencia de la humildad; así ocurre año a año, porque San Martín es el pionero de la caridad; así ocurre año tras año, porque San Martín es nuestro protector; así ocurre año a año, porque así nos lo imbuyeron sabiamente nuestros antepasados eligiéndole nuestro patrón; así ocurre año a año, y en el 2005 también, porque nuestras fiestas y alegrías se las queremos dedicar a nuestro San Martín, que es el ejemplo que más admiramos y codiciamos; así es y seguirá siendo, porque: “San Martín, patrón de Constanzana”.